

BEUCHOT, Mauricio, *La hermenéutica en la Edad Media*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, 27), 2002, 231 págs.

La relación entre filología y hermenéutica constituye uno de los campos privilegiados de investigación en las universidades de Occidente. La publicación de la obra *La hermenéutica en la Edad Media* bajo el sello editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México no puede dejar de ser bienvenida. Mauricio Beuchot, el autor, conjuga entre sus méritos académicos ser uno de los grandes medievales contemporáneos no menos que uno de los líderes de esa *koiné* contemporánea que es la hermenéutica.

Beuchot realiza un análisis riguroso del tema de su elección en algunos de los autores más importantes del extenso y heterogéneo período conocido como Edad Media. Se dedican sendos apartados a Clemente de Alejandría, Orígenes, Juan Casiano, Pseudo-Dionisio Areopagita y Boecio. Capítulos íntegros se ocupan de San Agustín, Juan Escoto Eriúgena, San Anselmo, Hugo de San Víctor, Guillermo de Saint-Thierry, Thierry de Chartres, Joaquín de Fiore, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Maestro Eckhart, Raimundo Lulio, Juan Gerson y Juan Alfonso de Benavente. Es verdad que los primeros Padres de la Iglesia son anteriores cronológicamente a la Edad Media; pero preludian la hermenéutica que se desarrollará en tal época, por lo cual su inclusión resulta imprescindible. También se dedica un capítulo a las “glosas”, las “sumas” y la transición del siglo XII al XIII. El

---

PALABRAS CLAVE: edad, glosa, hermenéutica, media.

RECEPCIÓN: 28 de marzo de 2003.

ACEPTACIÓN: 24 de abril de 2003.

paso de la hermenéutica monacal a la universitaria constituye una de las preocupaciones en torno de las que gravita la reflexión de Beuchot. Prácticamente es una constante la búsqueda de cuatro sentidos en las Sagradas Escrituras: 1) literal, 2) alegórico, 3) tropológico o moral y 4) anagógico. Si bien no todos los autores conceden igual preeminencia a cada uno de ellos, mientras que el misticismo se inclina por el último, alguna lectura universitaria tiende al primero.

El núcleo de la hermenéutica medieval fue teológico y filosófico; pero también se extendió a otros campos entre los que destacaron el histórico, el retórico o el jurídico. Beuchot examina la hermenéutica de cada uno de los autores de su selección ofreciendo un marco histórico sucinto pero suficiente para ubicar a cada pensador en su contexto; a continuación expone las obras del escritor elegido; y por último ofrece una reflexión en la que valora lo expuesto. La primera parte de cada exposición frecuentemente alude a vidas envueltas en avatares tan complicados —cortes, invasiones, procesos judiciales, cargos públicos, monasterios, universidades—, que el lector resulta literalmente atrapado en el texto. La viveza de la exposición contribuye a que en más de una ocasión, por ejemplo, cuando se describe la vida de Eckhart, se piense que se tiene entre las manos una novela histórica magistralmente redactada. Pero evidentemente el mérito fundamental de esta obra se encuentra en la promesa del título, esto es, la hermenéutica en la Edad Media.

¿Por qué resulta tan importante la hermenéutica en la Edad Media? Beuchot responde que ello se debe a que ningún otro período de la civilización, ni siquiera el contemporáneo, ha sido tan proclive a mirar la realidad como si se tratara de texto. Dios redactó dos libros: la *Biblia* y la naturaleza. Esta concepción ubicua entre los medievales les dejará una impronta hermenéutica indeleble que va a ser rastreada selectivamente por Beuchot a lo largo de más de un milenio. Así, “algo muy importante para San Agustín es la idea del mundo como libro, esto es, que Dios escribió dos libros, el de las Sagradas Escrituras, o la Biblia, y el de las creaturas o del mundo... Esta idea de los dos libros (la Biblia y el Universo), es algo muy relevante para la hermenéutica cristiana y medieval. Nos muestra la idea de la realidad como un texto, un texto de Dios. Sólo Dios no es texto, y por eso Él, que está más allá de todo texto, funge como el contexto de todo” (pp. 34-35). Pero, “también en el Eriúgena, al igual que en san Agustín y

en el Pseudo-Dionisio, encontramos la idea de que tanto la Biblia como el mundo son textos... Esto nos habla de la universalización de la hermenéutica que se operaba en el pensamiento medieval, como no ha llegado a hacerse en ninguna época, incluida la nuestra” (p. 45).

Para San Buenaventura “las creaturas son signos del Creador; casi está uno tentado a llamarlas ‘palabras’ suyas. Por eso también resulta claro que esas palabras dependan de la Palabra por excelencia, que es el Verbo de Dios, su Hijo. El Padre se expresa en el Verbo, y el Verbo se expresa fuera de Dios en la creación, y ella adquiere así un carácter de sacramento. Es en la captación de la intencionalidad del autor como la hermenéutica recoge el sentido, el significado; y así, captando la intencionalidad de Dios en las creaturas es como el hombre hace la adecuada hermenéutica del libro de la creación (a la manera como podría hacerlo en el libro de la revelación, la Sagrada Escritura)” (pp. 142-143).

Aunque el ciclo medieval resulta desmesuradamente extenso, la Iglesia católica lo vertebró y da pábulo a la percepción de algunas continuidades significativas. Antes que nada, como ya se sugirió, la interpretación de la *Biblia* fue la gran constante, si bien algunas de sus secciones, como el *Cantar de los cantares* entre los monjes, pudieron haber acaparado el interés en algunas épocas. La Edad Media se caracterizó por un profundo pensamiento analógico. La “hermenéutica inflamada” de San Agustín se sustenta en una base metafísica. “Concretamente, una metafísica que oscila entre la semejanza y la diferencia. La semejanza nos hace pensar en la posibilidad de comprender algo de la palabra divina; la diferencia nos hace pensar en una lectura infinita, ya que el conocimiento y el lenguaje humanos son incapaces de abarcar la inefabilidad divina. Pero esto nos remite a una mística del Verbo, la cual se adjunta a una metafísica de la creación *ex nihilo*, en la que la creación es una gran teofanía, una gran expresión de Dios para aquel que podría comprenderla, a saber, el hombre” (p. 40). En la Edad Media floreció una mentalidad sensible al simbolismo. Y uno de los símbolos importantes de aquél entonces lo constituyó la “luz”.

La disyunción Atenas/Jerusalén fue una de las grandes preocupaciones de la época en cuestión; pero no se trata de una disyunción necesariamente exclusiva. “Así pues, la hermenéutica anselmiana tensiona dialécticamente la razón la fe, el intelecto y el afecto. La fe sola, en cuanto no alcanza a comprender, no llega a satisfacer el deseo de

contemplar a Dios. Por supuesto que no puede lograrlo tampoco la sola razón, desprovista de la fe... San Anselmo, al dar prioridad a la fe, no renuncia a la razón, por no tener la comprensión de sus contenidos; concede un lugar importantísimo a la inteligencia o razón para llegar a esa comprensión contemplativa. La investigación racional forma parte de ese proceso de querer contemplar a Dios” (pp. 62-63).

La racionalidad de la fe no es una cuestión estrictamente epistemológica; se trata en igual medida de un problema ético fundamental en la Edad Media, en la que la hermenéutica se convirtió literalmente en forma de vida para muchos, en una obsesión. La hermenéutica monástica de Guillermo de Saint-Thierry resulta paradigmática. “Guillermo trata de aconsejar al monje que todo lo que haga esté orientado a la contemplación de Dios, y esa contemplación tiene un firme asiento en la lectura de la Escritura, por lo que mucho de ello está orientado a una interpretación profunda, en la que Dios se haga presente. Es la interpretación como conjuro, casi como sortilegio, que hace viva y actuante la presencia de Dios, llamado como por obra de la interpretación que hace el monje. Esa sí que es una hermenéutica transformadora, eso sí que es interpretar al mundo para transformarlo” (p. 92). Este autor hace hincapié en que “tanto las actividades del cuerpo como las del espíritu deben confluir a esa hermenéutica sagrada, contemplativa y frutiva. El amor a la celda y las labores cotidianas, los actos litúrgicos y el ejercicio de la virtud, todos tienen como finalidad llevar a esta lectura contemplativa” (p. 93). Metafísica, epistemología y ética medievales engarzan con la hermenéutica. Junto a estas ramas principales de la filosofía hay otras también significativas, como la hermenéutica jurídica explotada por Benavente o la hermenéutica utópica de Joaquín de Fiore. “Joaquín [de Fiore] conoce las formas de interpretación usadas por los Santos Padres, por ejemplo por san Agustín (el cual las toma de Ticonio, como puede verse en el capítulo correspondiente de este libro): la literal, la alegórica, la tipológica y la anagógica; pero lo novedoso de él es que aplica su exégesis bíblica a la interpretación del devenir histórico” (p. 115).

Otra de las virtudes del libro de Beuchot reside en el análisis riguroso de las metodologías y las instituciones educativas medievales. El surgimiento de las universidades constituye uno de los ejes de reflexión histórico-filosófico-pedagógica. Se insiste, por ejemplo, en la *lectio* monacal centrada en el *Cantar de los cantares*. El *Eptateuchon*

de Thierry de Chartres “fue la obra de enseñanza más importante del siglo XII” (p. 103).

Beuchot defiende con gran éxito que en la transición del siglo XII al XIII la hermenéutica monacal y simbólica que desarrolla la *lectio* de aquél no desaparece, sino que convive armónicamente con la hermenéutica universitaria y literalista.

La importancia de la hermenéutica en la educación medieval queda constatada por los “planes de estudio” de entonces, “la capacitación para la interpretación de la Escritura era dada por las *artes sermocinales* del *trivium*, que eran la gramática, la dialéctica y la retórica. En el siglo XII, con los monjes, predominan la gramática y la retórica; en el siglo XIII, con los escolásticos, predominan la gramática y la dialéctica. Pero ni los monjes habían dejado de lado la dialéctica —como se ve en San Anselmo y otros—, ni los escolásticos habían dejado de lado la retórica, como lo señala Murphy” (p. 135).

A continuación, pero no menos importante, *La hermenéutica en la Edad Media* contiene lo que podría llamarse una teoría de la hermenéutica en que a partir de las “tinieblas” medievales se “iluminan” soluciones para interpretar y comprender las hermenéuticas contemporáneas. Por una parte, se pondera la relación de la hermenéutica con otras disciplinas emparentadas con el lenguaje, como la lógica, la retórica o la traducción.

Respecto a la retórica, se asienta que esta técnica es la madre de la hermenéutica en algún sentido. “Hay una semejanza entre la hermenéutica y la retórica en algo que señala San Agustín, a saber, ambas se dan donde no hay univocidad, donde la certeza no es igual, sino que admite grados” (p. 33). De la retórica procede la hermenéutica, “...tanto la *lectio divina* como la *quaestio disputata* provienen de la retórica, y suele olvidarse este origen común a las dos. La retórica tenía una triple *exercitatio*, a saber, la *compositio*, la *lectio* y la *declamatio*. Así se encuentra en muchos oradores clásicos, pero sobre todo en Quintiliano. La *compositio* tenía por cometido la amplificación del discurso, tal como la enseñaban las *Artes praedicandi*. La *lectio* tenía por cometido la memoria, la meditación y la imitación. La *lectio* se hizo propia de los monjes, pues la Escritura se memorizaba, se meditaba y se trataba de imitar como texto” (p. 135).

Otras semejanzas radican en que “la hermenéutica, al igual que la retórica, alcanza grados de certeza, y encuentra variación de la per-

suasión que logra dar a los que escuchan, por lo cual tiene que abogar y convencer de sus resultados. Además de la semejanza que tiene la hermenéutica con la retórica de manera isomórfica, consistente en que las mismas figuras o tropos que la retórica enseña para encodificar o comunicar, los maneja la hermenéutica para decodificar e interpretar. De ahí la importancia de las enseñanzas de la retórica para la hermenéutica: son como las dos caras de la misma moneda, dos aspectos de una misma actividad de conocimiento” (p. 34).

Pero un rasgo fundamental es la simetría entre retórica y hermenéutica, “...Agustín utiliza las herramientas de la retórica y la poética como instrumentos interpretativos o hermenéuticos, y no sólo como recursos expresivos y comunicativos. Es la utilización inversa de la retórica, es decir, no para encodificar, sino para decodificar, los mensajes o textos. Expresamente en la Escritura se mencionan la alegoría, el enigma, la parábola...” (p. 31). Esta concepción se conserva en otros autores. La “hermenéutica retórica” de Thierry de Chartres no se divorcia de la concepción agustiniana, “...el instrumental retórico de la comunicación lo es igualmente de la recepción. Y así, lo que sirve para encodificar sirve también para decodificar, esto es, la disciplina que enseña a transmitir mensajes (o textos) también enseña a interpretarlos. La retórica es origen de la hermenéutica” (pp. 103-104).

El parentesco entre hermenéutica, retórica y lógica resulta evidente en determinados autores. Para Boecio, la “lógica filosófica es necesaria al orador, pues ya de por sí necesita de la filosofía para alcanzar la virtud, y la lógica le da la posibilidad de manifestarlo sensatamente” (p. 18).

La traducción también se muestra emparentada con la hermenéutica; de hecho, “una de las formas más egregias de la hermenéutica es la traducción. En el caso de Boecio esto es clarísimo, pues a su traducción le da el nombre clásico de *interpretatio*” (loc. cit.).

Por otra parte, la hermenéutica medieval ilumina a la contemporánea, aunque entre una y otra existen diferencias significativas. El contraste con la actualidad es múltiple, destaca que “...la originalidad es por sí misma un valor, hay una relación no entendida ni estudiada entre creatividad y tradición. Ahora se quiere a toda costa innovar, antes se trataba de innovar en el camino de la tradición. Tanto Kuhn como Laudan nos hablan muy acertadamente de que en la ciencia la innovación es una ruptura de paradigma, una ruptura con la tradición.

Pero también han reconocido que el paso no es brusco y que no es tan fácil señalar cuándo se está rompiendo un paradigma o una tradición. Uno podría decir que este modelo hermenéutico agustiniano no sirve para la filosofía, ya que él trata de conservar en lugar de cambiar, mientras que en la filosofía de lo que se trata es de innovar. Pero no se vuelve esto tan claro si consideramos que dentro de las tradiciones filosóficas el cambio es menor que en los paradigmas y tradiciones científicas. Es diferente. El propio san Agustín, en el mismo encabezado del primer capítulo del *De doctrina christiana*, dice que la interpretación se funda en la invención y la enunciación” (pp. 26-27).

Por último, cabe destacar que Beuchot no proclama la vuelta al medievo como solución de todos los males del presente. De hecho, se muestra bastante crítico con algunas de las teorías que examina. Por ejemplo, cuando Joaquín de Fiore postula que a cada una de las Personas de la Trinidad le corresponden sendos estados en los que se registra un progreso en la fe y proyecta su propia utopía, Beuchot acota que se trata de un pensamiento “alucinado”. La crítica es parte importante de la hermenéutica medieval y de la propuesta por Beuchot. La hermenéutica es casi tan antigua como la retórica. La analogía floreció entre los medievales. La hermenéutica analógica de Beuchot, que retoma aspectos esenciales de la medieval, es a la vez tradicional y original, busca un equilibrio que permita ser fiel al texto a la vez que tomarlo como pretexto para la reflexión propia. “Es la perfecta aplicación de la analogía. Piensa que en alguna medida se puede rescatar la intención del autor, hacer interpretación objetiva; pero también es cierto que mucho se pierde de esa recuperación de la intención, que hay que ir más allá del sentido literal si se quiere de veras recuperar tal intención. Pero, como hay que admitir que tal intención del autor no es totalmente recuperable, y que inclusive es menos lo que se recupera que lo que se pierde, es conveniente mediar la interpretación de las palabras del autor con la propia opinión acerca del problema tratado. Aprovechar el texto para hablar uno mismo, con la debida medida. Es la analogía, en la que predomina la diversidad sobre la identidad... Es la analogía, que, al mismo tiempo que da humildad para reconocer que no se puede alcanzar totalmente la intención del autor, también obliga a procurarla al máximo, y al mismo tiempo da la libertad y el empuje para ir más allá del autor, de la autoridad, de la tradición misma” (pp. 165-166).

Sucintamente: *La hermenéutica en la Edad Media* resultará a partir de ahora una referencia obligada para toda investigación seria que sea emprendida sobre el tema.

Víctor Hugo MÉNDEZ AGUIRRE